

FLACSO - Biblioteca

América Latina 2020

Escenarios, alternativas, estrategias

Francisco López Segrera y Daniel Filmus (coordinadores)

© Francisco López Segrera y Daniel Filmus, coordinadores

© Temas Grupo Editorial SRL, 2000

Talcahuano 1293 piso Iro. B

1014 - Buenos Aires, Argentina

Tel: 4813.9334 y rotativas / Fax: 4813.5463

www.editorialtemas.com

E-mail: temas@ciudad.com.ar

Derechos reservados en idioma español

Diseño de cubierta e interiores: Diego Barros

Coordinación General: Carlos Sibilla

Corrección: Soledad Casanova

1ª edición, mayo de 2000

ISBN 987-9164-43-1

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin permiso escrito de la Editorial.

5808
10-11-05
10-11-05

5808

ÍNDICE

TOMO I

Presentación

- 13 Nota de los coordinadores. Francisco López Segrera y Daniel Filmus
25 Prólogo. *Brasil: para reiniciar el crecimiento*, Celso Furtado
29 Introducción. *Mensaje al III Encuentro Latinoamericano de Estudios Prospectivos*. Federico Mayor Zaragoza

Capítulo I

- 35 *Los estudios prospectivos como herramientas de construcción de futuro*
- 35 Xabier Gorostiaga
Hacia una perspectiva participativa. Esquema metodológico
- 51 Sergio Buarque
Elaboración de escenarios de Brasil y de la Amazonia brasileña
- 111 Francisco José Mojica
Determinismo y construcción del futuro

Capítulo II

- 127 *La educación para el siglo XXI*
- 127 Carlos Tünermann Bernheim
La educación para el siglo XXI
- 153 Axel Didriksson
Tendencias de la educación superior al fin de siglo: escenarios de cambio
- 165 Jorge Broveto
La educación para el siglo XXI
- 181 Ana Luiza Machado
La educación en América Latina y el Caribe: visión prospectiva al año 2020
- 199 Xabier Gorostiaga
En busca del eslabón perdido entre educación y desarrollo: desafíos y retos para la universidad en América Latina y el Caribe

- 227 Daniel Filmus
*Educación y desigualdad en América Latina de los noventa.
¿Una nueva década perdida?*
- 257 Flavio Fava de Moraes
Educación superior y desarrollo: visiones del futuro
- 265 José Raymundo Martins Romêo
Educación para el siglo XXI

Capítulo III

- 275 *Cultura y desarrollo*
- 275 Edgar Montiel
*Globalización y geopolíticas de las culturas.
Un ejercicio prospectivo a partir de los años ochenta*
- 287 Celso Furtado
¿Y ahora, Brasil?
- 293 Julio Carranza Valdés
Cultura y desarrollo. Algunas consideraciones para el debate
- 311 Estrella Bohadana
Humanidad: entre el lenguaje y la cultura
- 323 Carlos J. Moneta
Identidad y políticas culturales en procesos de globalización e integración regional

Capítulo IV

- 337 *Ciencias sociales*
- 337 Theotonio Dos Santos
Construir el futuro: el papel de las ciencias sociales
- 351 Aldo Ferrer
La globalización y el futuro de América Latina: ¿qué nos enseña la historia?
- 365 Wilfredo Lozano
Cooperación internacional, redes globales y ciencia social en América Latina
- 381 Atilio A. Borón
América Latina: crisis sin fin o el fin de la crisis

- 397 Francisco López Segrera
Herencia y perspectivas de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe
- 413 Emir Sader
Modelos de acumulación y crisis hegemónica
- 427 José Antonio Ocampo
XIII Congreso Brasileño de Economistas y VII Congreso de Economistas de América Latina y el Caribe
- 439 **Apéndices**
- III Encuentro de Estudios Prospectivos: “Los Escenarios de América Latina y el Caribe en el Horizonte 2020”, Río de Janeiro, 20 al 22 de septiembre de 1999
- 439 Declaración Final
- 445 Informe de Relatoría

Educación para el siglo XXI

José Raymundo Martins Romêo*

Dice una leyenda que unos hermanos se sentaban en la oscuridad y durante muchos años hablaban de su triste condición. Hablaron de ese tema durante tanto tiempo que parecía que si su situación mejorara, los hermanos se opondrían a ese cambio.

Fue justamente cuando todos estaban resignados con su suerte que dos de ellos sorprendieron al resto. Salieron de la oscuridad en busca de algo llamado “fuego” que, según habían escuchado, sería la panacea para todos sus problemas. “Podremos cocinar nuestra propia comida”, dijo un hermano. “Podremos entrar en calor”, dijo el segundo. “Podremos hervir el agua”, dijo el primero. Y así fue como ellos corrieron buscando el fuego. Después de muchos años, finalmente lograron espiar una gran hoguera atendida por un viejecito muy delgado. Sin poder contener su excitación y entusiasmo, uno de los hermanos se arrojó en dirección a la hoguera, empujando al viejecito. Inmediatamente,

* Vice presidente de la Organización Universitaria Interamericana (OUI, 1983-1986). Miembro del Consejo de la Asociación Internacional de Universidades (IAU, 1985-1990 y 1990-1995). Presidente del Consejo Latinoamericano de la Asociación Internacional de Presidentes de Universidades (IAUP) (1991-1999). Presidente del Consejo de Rectores de las Universidades Brasileñas (CRUB) (1985-1986). Miembro del Consejo de la Unión de las Universidades de América Latina (UDUAL) (1992-1995). Miembro del Grupo Coimbra. Presidente de la Comisión Especial del Ministerio de la Educación encargada del reconocimiento de nuevas universidades brasileñas, 1996. Rector del Colegio de Brasil, 1999. Autor de investigaciones y ensayos de especial relevancia sobre la educación superior.

tomó un tronco encendido e inició su vuelta a casa a toda carrera. El otro hermano levantó al viejecito, disculpándose por el comportamiento del primero. Fue allí cuando el viejecito respondió: “Con todos mis años de experiencia, en el momento que los vi supe que hacía mucho tiempo que estaban buscando el fuego. Traté de detener a tu hermano porque sabía que iba a hacer la tontería de tomar un fuego encendido creyendo poder llevarlo de vuelta a casa. Y eso es exactamente lo que hizo. ¡Qué pena, el tronco encendido no le durará ni un día! No deseo que lleves mi fuego a tu casa, sino que prefiero que aprendas a encenderlo tú mismo. Lo que llevarás de vuelta a casa será el conocimiento, no el fuego”. Días más tarde, el joven se alejaba de la hoguera, sin llevar otra cosa que una expresión satisfecha en su rostro. El destino del hombre que se alejó llevando un tronco encendido se ha transformado en el drama actual de las naciones en desarrollo; y la suerte del segundo hermano es el deseo experimentado por los mismos países.

Esta historia, contada por el Ministro de Educación de Zimbabwe durante la reunión de la Asociación Internacional de Universidades (IAU) realizada en aquel país, provoca la siguiente indagación:

Los sistemas educacionales en América Latina, ¿proporcionan a las personas madera incandescente que se apaga o conocimiento que persiste y se multiplica? Buscaré, con raíces en mi experiencia como rector, analizar el papel de la educación superior en la construcción de la realidad brasileña y latinoamericana.

En los últimos treinta años, las discusiones sobre la universidad fueron dominadas por dos tópicos imperativos:

- a) La necesidad de formar profesionales especializados y calificados para el mercado de trabajo;
- b) La necesidad de desarrollar investigaciones capaces de asegurar la competitividad técnica de las economías nacionales.

Tal hecho hizo que la universidad se adaptara al binomio **entrenar-investigar**. Esas dos prioridades condicionaron la universidad durante los últimos años, subordinándola a los intereses económicos.

Las estadísticas referentes a la aceptación de egresos en el mercado de trabajo, el número de patentes registradas y las respuestas a solicitudes de empresas, constituyeron los principales indicadores, muchas veces los únicos, para la evaluación de las universidades.

Durante los últimos años, la universidad viene dedicándose a producir, básicamente, recursos humanos y conocimientos directamente relevantes para el mundo profesio-

nal y tecnológico. La expectativa en relación a la universidad es que sea una “fábrica de conocimiento”, con la producción de gran número de especialistas y de investigaciones que presenten un producto final que pueda ser puesto en el mercado.

Se valora la universidad por su capacidad de producir innovaciones que puedan transformarse en productos destinados al consumo; frecuentemente tenemos la oportunidad de oír la afirmación según la cual “la sociedad desarrollada” es la que produce innovación y consigue, en poco tiempo, transformarla en bienes de consumo.

Tal modelo de universidad no sólo no ha resuelto viejos problemas, sino también ha ayudado a crear nuevos; de cierto modo ha colaborado con la concentración de la riqueza y ha puesto en riesgo a la humanidad, a través de la producción de conocimientos “útiles” al desarrollo económico, pero dañosos a la vida y al medio ambiente.

En Brasil, como en toda América Latina, al comenzar los años sesenta, la función cultural de la universidad fue relegada, olvidada. La implantación de modelos importados, direccionados para el entrenamiento y derivación del conocimiento “útil” que pudiera ser apropiado por la actividad económica, ha subordinado la universidad a un pragmatismo falso y alienante de la realidad.

El papel cultural de la universidad debe de ser el pilar básico para que su actuación sea importante en la construcción de la sociedad. Las universidades deben buscar el estudio de problemas universales; pero deben, también, proponer soluciones que correspondan con el contexto cultural de las naciones que las abrigan.

Debemos entender la cultura de una forma amplia, incluyéndose ahí ciencia y tecnología. La ciencia y tecnología no pueden ser consideradas disociadas del ambiente cultural.

Es siempre bueno recordar que las universidades son instituciones que deben **conservar** el conocimiento humano (en los cerebros de sus profesores, en las bibliotecas, etc). **Transmitir** el conocimiento humano a las nuevas generaciones, **renovar y enriquecer** el conocimiento, aplicándolo a problemas concretos y, lo que es más importante, evaluando y reflexionando sobre las consecuencias sociales de esa aplicación.

La universidad debe ser el local privilegiado para la **duda, la discusión, la rebeldía y la crítica**, en fin, para el ejercicio pleno de la **libertad**. Es necesario que en las universidades sea procesada, permanentemente, la asimilación espiritual de la ciencia.

Hay un abismo entre entrenamiento profesional y formación cultural. Este abismo puede ser traspuesto a través de medidas sencillas pero que provocan resistencias, como proporcionar al estudiante la incursión en campos del saber que, aparentemente, no se relacionan con su futuro profesional, cualquiera sea la carrera elegida. La universidad debe transmitir valores a los estudiantes proporcionándoles una visión holística del mundo.

Las universidades no pueden imponer valores y deben ofrecer todos los medios y oportunidades para el ejercicio del libre arbitrio, para que cada uno elija su camino de forma responsable.

Ante todo, las actividades de formación y de investigación deben ser acompañadas de reflexión sobre las consecuencias sociales de esos procesos. Esa es la dimensión moral que diferencia cultura y ciencia.

La universidad no puede y no debe enajenarse de los grandes problemas de la humanidad, máxime cuando son causados por el desarrollo científico y tecnológico. La cultura debe impregnar el ambiente universitario. Es necesario repensar la universidad que tenemos, condicionada al mercado de trabajo, no calificada en la preparación de los estudiantes para el enfrentamiento de problemas reales y para el análisis crítico, fragmentada en departamentos donde se aíslan profesores en asignaturas que se cierran sobre ellas mismas. Esta universidad que, a través de su acción, ayuda a ampliar el foso entre elites y masa, contribuye a ensanchar la exclusión social.

No es suficiente evaluar la universidad. Es necesario además repensarla. En general, no nos gusta revisar nuestros métodos y procesos, prefiriendo corregir los efectos y sin penetrar en el centro de las cuestiones, analizando fallas estructurales.

Cuando verificamos que una industria causa contaminación, optamos por crear una industria más que produzca equipamientos que nos protejan o que reduzcan el problema. Las causas de la contaminación, o su propia existencia, no son objeto de cuestionamientos.

Del mismo modo, cuando observamos que la universidad forma intelectuales que no consiguen trabajo o prepara mal a los estudiantes para sus responsabilidades sociales, buscamos medidas correctivas paliativas, sin que nos preocupemos en discutir la misión de la universidad.

Nuestro modelo universitario está fuertemente vinculado a un tipo de sociedad caracterizada por la atomización de las actividades y por el aislamiento creciente del Estado y de sus responsabilidades esenciales.

Conviene acordar que tal tipo de sociedad no es universal y tampoco eterna.

El modelo de la universidad que copiamos ha nacido en un escenario industrial y se ha unido inmediatamente a la vida productiva y económica, aislándose de las actividades culturales. Tal modelo ha producido, a través de los tiempos, dolorosas consecuencias que hasta hoy nos disgustan.

En las universidades se ha reproducido la separación entre el hogar, el trabajo y el ocio, muy característica del mundo postrevolución industrial. El conocimiento fue dividido en asignaturas cada vez más distantes unas de las otras; “fragmentamos” la universidad en facultades que no interactúan entre sí, produciendo una separación artifi-

cial entre campos afines del conocimiento. Como resultado, formamos ingenieros que muy raramente tienen algún conocimiento sobre las posibles consecuencias sociales de su trabajo, o un médico que desconoce la estructura psicológica del individuo, muchas veces determinante de enfermedades somáticas.

¿Y los economistas? ¿Son preparados para entender que su actividad no es abstracta o neutra, que sus acciones tienen reflejos sobre el ser humano?

La educación fue dividida en educación general, educación profesional, educación física, etc., entendiéndose que sólo los dos primeros serían concernientes a la universidad. Asignaturas, facultades, entrenamientos especializados fueron creados artificialmente y las sucesivas reformas universitarias enseñan que éstas se detuvieron más en la organización burocrática y en la enseñanza, sin referirse a cuestiones estructurales y doctrinarias; destacaron más la forma que el contenido.

El fraccionamiento de la universidad ha determinado la existencia de una autoridad central destinada a hacer funcionar la “máquina” por el ajuste de sus componentes. La fuerte autoridad impide que estudiantes y profesores ejerciten su saludable rebedía, su libertad con responsabilidad, disminuyendo el papel de la universidad como fuerza transformadora.

Es necesario un nuevo modelo que forme hombres y mujeres para el ejercicio pleno de su condición humana, comprometidos con la ética y la solidaridad. El deber de la universidad es con el hombre, no con ramas del conocimiento.

La universidad debe producir conocimiento y transmitirlo, en el sentido de ayudar a los seres humanos a buscar la felicidad, a vivir la plenitud de su condición humana. El conocimiento es un medio; el objetivo es la felicidad y el bienestar de las personas.

¿Y el panorama actual? Vivimos en Brasil y, quizás, en América Latina, la era del “evaluar” y “acreditar”. Las universidades son visitadas por comisiones de “expertos” que analizan, aisladamente, los cursos sin una visión de conjunto. La educación superior crece, rápidamente, en número de alumnos que frecuentan las instituciones por algunas horas en la semana, asistiendo a clases con profesores de tiempo parcial. Un examen de final de curso verifica si los alumnos aprendieron el “conocimiento” establecido para la carrera.

Datos cuantitativos son la base única para la evaluación: número de doctores, número de maestros, número de volúmenes en la biblioteca, número de salas, número de alumnos, números, números y números.

No se verifica si la institución promueve la asimilación espiritual del conocimiento, si ella está impregnada por un ambiente cultural, si ella es capaz de formar ciudadanos comprometidos con el futuro.

¿Conseguiremos cambiar esta universidad? Seguramente, si superamos algunos puntos inerciales y nos apoyamos en documentos fundamentales producidos por la UNESCO, en las conferencias sobre educación superior, realizadas en La Habana (1996) y París (1998).

Para vencer los puntos inerciales, algunas actitudes se hacen necesarias:

I. Es preciso estar atentos para que no ocurra con la educación lo que ha pasado con la preservación del medio ambiente. En 1992, en la gran Conferencia mundial sobre medio ambiente, en la ciudad de Río de Janeiro, hubo un compromiso de los países con el desarrollo sostenible. Para empezar por la definición misma de desarrollo sostenible –desarrollo que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones de satisfacer sus propias necesidades– fue establecida y acatada por todos en la Agenda 21. La Agenda 21 es la cartilla que enseña con total claridad los caminos que deben ser seguidos para conseguir el desarrollo sostenible.

Con la definición de desarrollo sostenible y con la Agenda 21, parecía muchísimo más fácil alcanzar la sustentabilidad en América Latina. Siete años después de la Conferencia de Río, sin embargo, verificamos que la agresión al medio ambiente ha crecido con la ampliación de las quemadas, de la polución de las aguas, de la desertificación, etc.

En lo que concierne a la educación superior debemos velar para que los caminos enseñados por la UNESCO no sean olvidados, como ocurrió con la preservación ambiental.

II. Es necesario cambiar la manera de abordar la educación superior en América Latina, superando la tendencia de formar “expertos” para la actividad económica. Los estudiantes deben de ser estimulados a incursionar por áreas del saber aparentemente ajenas al campo profesional elegido. El físico Carl Sagan afirma: “En la Universidad de Chicago tuve la suerte de participar de un programa de educación general en que la Ciencia era presentada como parte integrante del magnífico tapiz del conocimiento humano. Se considera imposible que alguien deseara ser físico sin conocer a Platón, Aristóteles, Bach, Shakespeare, Gibbon, Malinowski y Freud, entre muchos otros”.

La educación es la base para el desarrollo económico y social; eso no se discute. Está claro y es evidente que el sistema universitario brasileño estuvo en la raíz de nuestro desarrollo. Formamos, por ejemplo, ingenieros capaces de trabajar en las fronteras del conocimiento, dominando las comunicaciones, la apertura de carreteras, los proyectos de grandes obras de arte, la generación de energía, o aun, agrónomo-

mos capaces de aumentar la productividad de nuestras tierras, máxime en el cultivo de granos. Tenemos médicos familiarizados con los adelantos de la medicina y sociólogos con producción intelectual reconocida internacionalmente.

Tales profesionales sostienen el proceso de desarrollo económico, por la excelencia de su formación técnica, pero, en muchos casos, existe el riesgo de agravamiento del cuadro social por la ausencia de una formación cultural esmerada.

Quizás no hemos tenido ingenieros que discutieran si sería verdaderamente imprescindible en cubrir “Sete Quedas de Guafra” para producir kilowatts que no beneficiarían, directamente, a gran parte de los brasileños; o agrónomos que entendiesen que la producción de alimentos debería ser prioritaria para saciar el hambre del pueblo y no solamente para fines de comercio exterior.

III. Se hace forzoso transformar la universidad que adiestra, fundamentalmente, para la competitividad, en universidad que prepara, fuertemente, para la solidaridad.

Cierta vez oí la siguiente historia: dos hombres eran perseguidos por un tigre, corrían y el tigre corría atrás. Uno dijo al otro: “No conseguiremos correr más que el tigre”. Y el segundo le contestó: “No estoy intentando correr más que el tigre. Estoy intentando correr más que tú”. Según el narrador, esta historia caracteriza al hombre latinoamericano, egoísta, individualista, incapaz de unirse a otros para el enfrentamiento de los grandes retos característicos de nuestro tiempo.

La universidad actual estimula entre sus alumnos la ideología del éxito, de la competencia, alienándolos del compromiso social generado por el diploma universitario.

IV. Es fundamental la preservación del carácter regional de las universidades para la conservación de las raíces culturales de cada localidad. Culturas específicas propician elementos que identifican grupos e individuos, proporcionando diferentes perspectivas para la solución de problemas universales. Las universidades deben participar del proceso de globalización, enriqueciéndolo con las diferencias culturales. De ese modo, ellas estarán contribuyendo a la humanización de la globalización. Deben ser universales, pero vestidas con el ropaje de su país, de su región, atentas a las necesidades de su pueblo.

V. Es imperativo subrayar y consolidar el carácter público de la universidad estatal o privada. La universidad debe de ser pública, proporcionando educación de calidad a todos sin discriminación.

El abandono del carácter público de la universidad colabora decisivamente con el aumento de la exclusión en América Latina. La educación no es y nunca podrá ser considerada una actividad comercial para que no exista el riesgo de inviabilizarse el futuro.

VI. Es imposible pensar en el futuro de la educación superior en América Latina sin tener en cuenta el perverso orden económico mundial vigente, que determina la concentración de riqueza en pocos países y condena a dos tercios de la población mundial a la pobreza y a la falta de esperanza.

En 1947, el general George Marshall pronunció, en la Universidad de Harvard, un discurso en que lanzaba un plan de recuperación de la Europa devastada por la Guerra. Dijo el general: **“Está claro que los Estados Unidos deben hacer todo lo posible para ayudar en la manutención de una saludable economía mundial, sin la cual no habrá estabilidad política o consolidación de la paz. Nuestra política no debe ser dirigida en contra de ningún país o doctrina, sino en contra del hambre, la pobreza, la desesperación y el caos”**.

El hambre, la pobreza, la desesperación y el caos siguen imperando en el mundo cincuenta y dos años después del discurso de Marshall. Los países ricos deben movilizarse para la formulación de un nuevo Plan Marshall, que impida la concentración de riqueza y establezca las bases para un mundo donde reine la paz y el bienestar de los seres humanos.

En fin, podemos pensar en un futuro donde todos los hombres puedan ser felices, cada uno a su modo, protegidos por un escudo de derechos, sus propios derechos como seres humanos. Ese futuro pasa por la educación. Debemos huirle a la retórica e intentar, solidariamente, cambiarla o aún mismo revolucionarla. Hay una frase que dice: **“Si erramos en la escuela erraremos en el siglo”**. Si nos equivocamos en la escuela, pondremos en riesgo no solamente el siglo, sino el presente, el futuro y la eternidad.

Los estudios prospectivos son, más que todo, compromisos con la vida, no nuestras vidas, sino las vidas de futuras generaciones. ¿Desarrollo para todos o para algunos? ¿Exclusión o inclusión? Las respuestas serán siempre dadas por el sistema educativo. Mantenerlo como **“fábrica de alienación”** es condenar nuestro futuro. Necesitamos repoblar nuestra América Latina con ciudadanos forjados en las escuelas, escuelas de calidad, accesibles a todos, enriquecidas por su ambiente cultural, donde prevalecerán la ética, el arte y la solidaridad.

La educación es el único camino para el desarrollo justo, para la construcción de un futuro donde, imperando los derechos humanos, se pueda vivir en paz y libertad.

Bibliografía

- Borrero, A. (1993): *The University as Institution Today*, París, UNESCO.
- Escotel, M. (1996): *Universidad y devenir*, Buenos Aires, Lugar Editorial.
- Fernandes, E. (1975): *Universidade brasileira, reforma ou revolução*, San Pablo, Alfa-Ômega.
- Marshall, G.: "Discurso en Universidad de Harvard", www.news.harvard.edu.
- Mutumbuka, D. (1987): "Comentarios finales", Zimbabwe, IAU Meeting, mimeo.
- Rama, G. (1983): *Mudanças educacionais na América Latina*, Fortaleza, Universidade Federal do Ceará.
- Romêo, J. R. M. (1995): "The Role of Universities in Sustainable Development", en *Higher Education Policy*, Vol. 8, Nº 4, Londres, Kogan Page.
- Sagan, C. (1996): *O mundo assombrado por demônios*, San Pablo, Cia das Letras.
- Turnerman, C. (1983): *Reforma Universitaria de Córdoba*, Caracas, Fedes.